

preservativa para no caer de ahí adelante en pecado. Porque el que anda continuamente confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy léjos está de pecar de nuevo. Lo cuarto, es gran remedio para poder consolar y asegurar á uno que no consintió en las tentaciones y escrúpulos de que es molestado; porque el que se anda ejercitando en actos de contrición, aborreciendo mucho el pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida antes que hacer un pecado mortal, seguro puede estar que no consintió en las tentaciones y escrúpulos que le vienen; porque no consiente uno tan fácilmente en lo que tanto aborrece. Y mas, el andar en este ejercicio es andar en un ejercicio de amor de Dios. Porque la verdadera contrición nace de amor de Dios, por haber ofendido á un Señor tan bueno y tan digno de ser amado y servido; y así, cuanto uno mas conoce y ama á Dios, tanto mas le pesa de haberle ofendido.

Del glorioso apóstol san Pedro cuenta san Clemente, lib. 2 Recognitionum, que acordándose que habia negado á Cristo, lloraba tanto, que las lágrimas le quemaban el rostro, y tenían hechas canales en sus mejillas. Y dice que al primer canto del gallo se levantaba cada noche á oración, y que no dormia mas en toda la noche, y que por toda su vida guardó esta costumbre. Pues eso es lo que nosotros habemos de imitar. Y uno de los mas provecho-

sos ejercicios que uno puede tener en la oración y fuera de ella es ejercitarse en actos de contrición, aborreciendo mucho al pecado, y haciendo propósitos firmes de dar la vida, y mil vidas, antes que hacer un pecado mortal, y pidiendo con mucha instancia al Señor, que antes le lleve, que tal permita: *Ne permittas me separari à te*: No permitas, Señor, que me aparte jamás de Vos. ¿Para qué quiero yo, Señor, la vida, sino para servirlos? Si no ostengo de servir, no la quiero: llevadme, Señor, antes que os ofenda.

CAPÍTULO V.

Del afecto del amor de Dios.

El tercero afecto en que nos habemos de ejercitar y sacar de la meditación de los misterios de la pasión es amor de Dios. No hay cosa que mas mueva á uno á amar que verse amado, ni hay grillos ni cadenas que así le aten de piés y manos: pues considerando el alma, y ponderando muy de espacio y con atención el sumo amor de Cristo que aquí tanto resplandece, se ha de ir inflamando y encendiendo en amor de quien tanto le amó. Dice el apóstol y evangelista san Juan: *In hoc apparuit charitas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum*. I Joan. iv, v. 9. En esto se manifestó el amor grande de Dios para con nosotros, que envió á su

unigénito Hijo al mundo, para que con su muerte vivamos. Y el evangelista san Lucas, ix, v. 30, por ser tan grande este amor, le llama exceso de amor. Cuando se transfiguró el Señor delante de sus tres discípulos, dice que aparecieron allí Elías y Moisés, y que hablaban del exceso que habia de cumplir en Jerusalem, que era de la pasión y muerte: *Et loquebantur cum illo, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem*. Con mucha razón le llamó exceso de amor; lo uno, porque murió por sus enemigos. Grande amor es el que llega á dar la vida por los amigos, tanto, que dice el Salvador del mundo que es el mayor amor que uno les puede mostrar: *Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis*. Joan. xv, v. 13. Pues á mas que eso llegó el amor del Hijo de Dios, porque llegó á darla por sus enemigos. Y así dice el apóstol san Pablo que en eso nos descubrió Dios mucho su amor. *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est*. Ad Rom. v, v. 8.

Lo segundo, llámase exceso de amor, porque una sola gota de sangre de las que derramó en su circuncisión, y de su sudor en el huerto, y la menor obra que hiciera para redimirnos, bastaba y era justísima satisfacción de todo rigor de justicia por todo el mundo, y por mil mundos, como dicen los

Santos, porque era obra de infinito valor, por ser de Dios infinito: y no se contentó con eso aquella bondad y misericordia infinita, sino que quiso dar por nosotros toda su sangre y su vida. El apóstol san Pablo le llama amor nimio: *Propter nimiam charitatem suam, qua dilexit nos*, ad Ephes. ii, v. 4, porque excede infinitamente este amor todo cuanto se puede decir y pensar. El profeta Zacarías, padre del glorioso Bautista, tratando de este beneficio, no se contentó con decir que salia de la misericordia de Dios, sino añadió que salia de las entrañas, y de lo mas íntimo y retirado de ellas: *Per viscera misericordiae Dei nostri: in quibus visitavit nos, oriens ex alto*.

Pues ¿quién no amará á quien tanto le amó? Y así dice el amado discípulo: *Nos ergo diligamus Deum, quoniam Deus prior dilexit nos*. I Joan. iv, v. 19. Hermanos míos, amémosle nosotros á él, pues que él nos amó primero á nosotros: correspondamos siquiera con el retorno, y procuremos mostrarle el amor de la manera que él nos le mostró á nosotros: él nos le mostró con obras, y con obras muy costosas, que es en lo que mas se descubre y echa de ver el amor; y así dice san Ambrosio, l. 2 sup. Luc.: *Plus igitur Domine Jesu injuriis tuis debeo, quod redemptus sum, quam operibus, quod creatus sum*: Mas os debo, Señor, por lo que hicisteis por mí en redimirme, que por lo que hicisteis en criarme: gran beneficio

fue el criarnos; pero al fin eso no os costó trabajo ninguno, no fue menester mas de decirlo, y luego fue hecho: *Ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt*, Psalmo XXXII, v. 9; CXLVIII, v. 5; pero el redimirnos mas os costó que decirlo, porque os costó la sangre y la vida. Pues mostremos nosotros el amor que le tenemos, no con palabras, sino con obras: *Filioli mei non diligamus verbo, neque lingua, sed opera, et veritate*. I Joan. III, v. 18. Dice el Evangelista: El Hijo de Dios nos mostró el amor que nos tiene en ser despreciado y abatido por nosotros: mostrémosle nosotros á él el amor que le tenemos en desear ser despreciados y tenidos en poco por él, y en holgarnos cuando se ofrece la ocasion de la humillacion y de la mortificacion. Él nos mostró el amor que nos tenia en ofrecerse á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre eterno en la cruz, en tanto que no le quedaba cosa que no lo ofreciese todo por nuestro amor: mostremos tambien nosotros el amor que le tenemos ofreciéndonos y entregándonos enteramente á él, y dándole todo nuestro corazon, deseando que se haga su voluntad en nosotros en todo, y no la nuestra. En esto se echa de ver el amor, no en palabras, ni en decir con la boca: Señor, mucho os amo. Y así declaran los Santos aquello del apóstol Santiago, IV, v. 4: *Patientia autem opus perfectum habet*: La paciencia tiene obra perfecta; porque el que

abraza y lleva bien el trabajo, la mortificacion y humillacion, da testimonio que el amor que tiene no es palabrero, sino obrador y verdadero; pues no falta en el tiempo de la tribulacion y tentacion, que es el tiempo donde se prueban los verdaderos amigos.

Este es uno de los mas principales frutos que tenemos de procurar sacar de la meditacion de la pasion. Y así tenemos de procurar ejercitarnos mucho en esto en la oracion, y particularmente en ofrecernos enteramente y de todo corazon á Dios, para que haga de nosotros lo que quisiere, cómo quisiere, cuándo quisiere, y de la manera que quisiere, descendiendo en esto á cosas particulares y dificultosas que se nos podrian ofrecer, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é infimo que sea, á que no nos ofrecamos por su amor; porque este es un ejercicio de grandísimo provecho y de muy grande perfeccion, y en que se muestra mucho el verdadero amor.

CAPÍTULO VI.

Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias.

El cuarto afecto en que nos habemos de ejercitar en la oracion y meditacion de la pasion es en hacimiento de gracias. Dice san Agustin, epist. 77: *Quid melius, et animo geramus, et ore proferamus, et calamo exprimamus, quam Deo*

gratias? Hoc nec dici brevius, nec audivi latius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest: ¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazon, pronunciar con la boca, escribir con la pluma, que esta palabra: Gracias á Dios? No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oír con mas alegría, ni sentir con mayor alteza, ni hacer con mayor utilidad. Estima Dios en tanto este agradecimiento y hacimiento de gracias, que en haciendo él algun señalado beneficio á su pueblo, luego queria que le cantasen un cántico de alabanzas: *Immola Deo sacrificium laudis*. Psalm. XLIX, v. 14. Y tenemos llena la Escritura de cánticos que hacian los Santos y los hijos de Israel en hacimiento de gracias por los beneficios que recibian de la mano del Señor. San Jerónimo, l. II sup. Isai. XXXIX, dice que era tradicion de los hebreos, que aquella enfermedad que tuvo el rey Ezequías, que le puso á punto de muerte: *Aegrotavit Ezechias usque ad mortem* (1); fue porque despues de aquella tan insigne y milagrosa victoria que Dios le habia dado contra los asirios mandando el Ángel del Señor en una noche ciento y ochenta mil de ellos, no habia cantado á Dios cántico de alabanzas como solian hacer los demás en semejantes beneficios. San Agustin, serm. 10 de verbis Apost., tratando de aquellos diez leprosos que Cristo sanó, pondera

(1) IV Reg. 20, 1; et Isai. XXXVIII, 1; IV Reg. XIX, 36; et II Paral. XXXII, 21.

muy bien que alabó el Redentor del mundo al que volvió á darle gracias por el beneficio recibido, y reprendió á los demás que habian sido ingratos y desagradecidos: *Nonne decem mundati sunt? et novem, ubi sunt? non est inventus qui redderet, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena*. Luc. XVII, v. 18. Pues no seamos nosotros ingratos á los beneficios que habemos recibido de la mano de Dios, y especialmente al mayor de los beneficios, que es haberse hecho hombre y puesto en una cruz por nosotros: *Gratiam fidei jussoris tui ne obliviscaris, dedit enim pro te animam suam*, Eccli. c. XXIX, v. 20, dice el Sábio. Salió Cristo por nuestro fiador, y pagó por nosotros dando su sangre y su vida: razon es que no nos olvidemos de tan grande merced y beneficio, sino que seamos agradecidos.

Santo Tomás, 2, 2, q. 107, art. 2, tratando de la gratitud, dice: Que de tres maneras puede ser el hacimiento de gracias. La primera, interiormente con el corazon, reconociendo y estimando la grandeza del beneficio, y teniéndose por muy obligado á tal bienhechor. La segunda, alabándole y dándole gracias con palabras. La tercera, recompensando con obras el beneficio, conforme á la voluntad del que lo recibe. Pues de todas estas tres maneras nos habemos de procurar ejercitar en este hacimiento de gracias en cualquier misterio de la pasion. Lo primero, reconociendo con el corazon la grandeza de ta-

les y tantos beneficios como en cada misterio se encierran, y estiéndolos en mucho: ponderando muy por menudo todas las circunstancias de ellos, y todos los bienes que por ellos nos han venido y vendrán para siempre; y estarnos conociendo y confesando por obligados á servirle perpétuamente por ellos con todas nuestras fuerzas. Lo segundo, alabando y glorificando también con nuestros labios á Dios, y deseando que todo lo criado nos ayude á alabarle y darle gracias por ellos, conforme á aquello de san Pablo: *Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo; id est, fructum labiorum confitentium nomini ejus.* Ad Hebr. c. xiii, v. 15. Lo tercero, procurando de corresponder con obras á tantos beneficios, ofreciéndole y entregándole todo nuestro corazón, como decíamos en el capítulo pasado.

Dice san Bernardo que en cualquier misterio que consideremos habemos de hacer cuenta que nos dice Cristo nuestro Redentor aquellas palabras que dijo á sus discípulos despues de haberles lavado los piés: *Scitis, quid fecerim vobis?* Joan. xiii, v. 12. ¿Sabeis lo que he hecho con vosotros? ¿Entendeis ese misterio? ¿Entendeis ese beneficio de la creacion, de la redencion, de la vocacion? ¡Oh que no conocemos ni entendemos lo que Dios ha hecho por nosotros, que si yo conociese y ponderase bien que Vos, Señor, siendo Dios os

hicisteis hombre por mí, y os pusisteis en una cruz por mí, no habia menester otro motivo para dertirme en vuestro grande amor, y entregaros todo mi corazón! Y ese será el verdadero agradecimiento.

Nota aquí san Crisóstomo, lib. 2 de compunct. cordis, una cosa de mucho provecho. Dice que es afecto y sentimiento de siervo fiel estimar los beneficios de su señor, que son comunes á todos, y agradecerlos como si á él solo se hicieran, y él solo fuera el deudor, y estuviera obligado á satisfacer por todos ellos, como lo hacia el apóstol san Pablo, cuando decia: *Qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me:* Que me amó á mí, y se entregó á la muerte por mí. Con mucha razon decia esto, y lo podemos decir nosotros, dice san Juan Crisóstomo, pues tanto me aprovecha el beneficio á mí, como si á mí solo se hubiera hecho. Como la lumbre del sol, tanto me alumbrá á mí, como si á mí solo alumbrase, y el alumbrar á otros no disminuye el don, antes le acrecienta, porque alumbrando á otros, me da compañeros que me ayuden y consuelen, y me hagan bien. Así el haberse hecho Dios hombre, y padecido muerte de cruz, tanto me aprovecha á mí, como si por mí solo se obrara. Y el aprovechar á otros, no disminuye mi provecho, antes le aumenta mucho; porque me da compañeros que me amen, alegren y ayuden á mere-

cer y acrecentar la gloria. Y mas, que fue tan grande el amor de Dios para con cada uno, como si á él solo y no á otro amara; y cuanto fue de parte de la voluntad y amor de Cristo, tan dispuesto estaba á padecer y obrar estos misterios por cada uno, si fuera menester, como por todos. Y de hecho, dice san Juan Crisóstomo, ad Galat. ii, fue tanto el amor de Cristo, que no rehusara hacer por uno solo lo que hizo por todo el mundo. Y mas, que es verdad que se acordó Dios de mí en particular, y me tuvo presente delante de sus ojos cuando se hizo hombre y cuando murió en la cruz: *In charitate perpetua dilexite,* Jerem. xxxi, v. 3, y dió por bien empleada su muerte por mi vida. De manera que cada uno ha de considerar los misterios y beneficios del Señor como si por él solo se hubieran obrado. Y también el amor de donde nace el beneficio le ha de considerar cada uno como si á él solo hubiera Dios amado. Y decir con san Pablo, ad Galat. ii, v. 20, que me amó á mí, y se entregó á la muerte por mí. Considerados de esta manera los beneficios y el amor de donde procedieron, despertarán en nuestra alma grande agradecimiento y grande amor á aquel que siempre y con caridad perpétua nos amó.

Añaden los Santos (1), que el pedirnos Dios que le hagamos gracias por sus beneficios no es porque él haya menester que se lo

(1) Chrysost. homil. 25 in Genes.

agradezcamos, sino todo es para mayor bien y provecho nuestro; para que de esta manera nos hagamos dignos de nuevos beneficios. Dice san Bernardo, que así como la ingratitud y olvido de los beneficios recibidos es causa de que Dios vaya despojando al hombre de ellos: *Ingratitudo est ventus urens fontem pietatis, exsiccans rorem misericordiae, et gratiae fluenta non recipiens* (1): La ingratitud es un viento abrasador que todo lo seca y consume, y tapa y cierra la fuente de la divina misericordia; así la gratitud, el dar gracias á Dios por los beneficios es causa que Dios les vaya conservando y acrecentando otros nuevos dones y mercedes. Como los rios corren á la mar, que es como fuente de ellos, para volver á salir de ella; así cuando volvemos á Dios los beneficios recibidos con hacimiento de gracias, vuelven á manar en nosotros nuevos dones y beneficios.

CAPÍTULO VII.

De los afectos de admiracion y esperanza.

El quinto afecto en que nos podemos ejercitar en la oracion y meditacion de la pasion es admiracion, deteniéndonos y admirándonos de que padezca y muera Dios, que es impasible é

(1) Bernard. serm. contra vitium pessimum ingrattut. et serm. 1 in cap. jejunií.

inmortal: admirándonos de que padezca y muera por aquellos mismos que le dan la muerte, y tan indignos eran de todo bien; admirándonos que padezca tantos y tales dolores y tormentos, cuales ningun hombre mortal jamás padeció; admirándonos de la inmensa caridad y piedad de Dios, y de su infinita sabiduría, y del consejo altísimo que de ella salió, escogiendo un remedio tan convenientísimo para salvar al hombre, con el cual cumpliese juntamente con su misericordia y con su justicia. Estarse uno considerando estas cosas y otras semejantes, que aquí resplandecen, muy de espacio, ponderándolas y admirándose de ellas y de la bondad infinita del Señor, que por criaturas tan viles y tan indignas é ingratas las obró, es muy buena oracion. Y aun esa tienen por muy alta contemplacion, estarse uno embebecido y absorto, considerando y ponderando las obras maravillosas de Dios; y cuanto uno tuviere mayor luz y conocimiento de estos misterios, y mas los ponderare, mas se admirará: y en aquella admiracion está encerrado un amor grande de Dios y un reconocimiento y agradecimiento grande de sus beneficios, y una confusion grande nuestra. Y así habemos de procurar ejercitarnos muchas veces en este santo afecto, porque sacaremos de ello grandes provechos. En los Salmos pone muchas veces la sagrada Escritura en el Hebreo, al fin de los ver-

sos, aquella palabra *Sela*, que denota páusa, ponderacion y admiracion de aquel misterio, para enseñarnos que nos habemos de detener en este afecto en los misterios que meditamos.

Lo sexto que podemos sacar de la meditacion de la pasion es una esperanza y confianza grande en Dios, porque considerando el alma lo mucho que Dios ha hecho por ella sin haberlo merecido, antes habiéndolo desmerecido, y considerando la voluntad y gana tan grande que muestra Cristo nuestro Redentor de mi salvacion, pues esa es la sed que en la cruz dijo que tenia; levántase con esto á esperar de tal bondad y misericordia que le dará todas las cosas necesarias y convenientes para su salvacion: *Qui etiam proprio Filio suo non percipit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* Ad Rom. c. viii, v. 30. Dice el apóstol san Pablo: El que nos dió á su unigénito Hijo, y le entregó por nosotros á muerte de cruz, todo nos lo dió con él. Y si esto hizo Dios por nosotros, aun siendo enemigos, ¿qué hará cuando procuráremos ser amigos? Nótese mucho esta razon, que es del Apóstol, y es de gradísimo consuelo: *Si enim cum inimici essemus reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius.* Ad Rom. v, v. 10. Si siendo enemigos, y andando nosotros ofendiendo á Dios, nos miró él con ojos de mi-

sericordia, y nos reconcilió tan á costa suya; ahora que somos amigos, y que no le ha de costar la sangre y la vida como entonces, sino que está ya hecha toda la costa, ¿con qué ojos nos mirará? El que nos amó estando afeados por nuestros pecados, ¿cómo no nos amará ahora que nos ha limpiado y blanquecido con su sangre preciosa? Si cuando nosotros huíamos de él, y resistíamos á sus inspiraciones, todavía nos buscaba y nos convidaba, y no nos dejó hasta traernos á su casa, ¿cómo nos dejará y olvidará despues de traídos?

Ayudarános tambien mucho para sacar este afecto de confianza cavar y ahondar en la misericordia grande de Dios, que para eso nos canta la Iglesia que es propio de Dios tener misericordia y perdonar: *Deus, cui proprium est miseri-ri semper, et parcere.* Es verdad que Dios tambien es justiciero, y tan grande es en él su justicia como su misericordia, porque en Dios todo es una misma cosa; pero la obra mas propia de Dios, y lo que él hace de suyo, y mas de voluntad, y la virtud que mas usa, es la misericordia, como lo canta el real Profeta, Psalm. c. xlii, v. 9: *Suavis Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus:* Para todos es bueno y suave el Señor; pero sobre todas sus obras la misericordia es la que campea y resplandece mas. Esa es la obra que se dice mas suya, tanto, que por antonomasia y excelencia se llama

obra de Dios. Y el apóstol san Pablo llama á Dios rico en misericordia: *Deus autem, qui dives est in misericordia.* Ad Ephes. ii, v. 4. Aunque es rico en todo, dice particularmente que es rico en misericordia: es manera de hablar para significar excelencia en aquello: como decimos acá: fulano es rico en ganado; así Dios en lo que es mas rico, en lo que tiene excelencia y eminencia grande su riqueza, es en misericordia: *Deus qui omnipotentiam tuam parcendo, et miserando maxime manifestas,* le canta la Iglesia. Eso es en lo que se manifiesta mas la omnipotencia y grandeza de Dios en perdonar y en tener misericordia, y de eso se precia él mas. Como vemos que suele tambien acá un caballero que tiene muchas gracias preciarse mas de la una, uno de justo, otro de liberal; así Dios se precia mas de ser misericordioso.

Y así dice el bienaventurado san Bernardo, serm. 5 de Nativ. Domini, el tener misericordia es obra propia de Dios y lo que él hace de suyo; porque de su naturaleza está manando misericordia y beneficios. Y no ha menester nuestros merecimientos, ni depende de eso para usar con nosotros de misericordia; pero el castigar es como ajeno de Dios, porque para eso es menester que nosotros le provoquemos y compelmamos á ello con nuestros pecados. Como la abeja, que su condicion y propiedad es hacer miel; pero el punzar eso no

lo hace ella sino cuando la molestan y provocan á ello: como por fuerza, y provocada con injuria viene á hacer eso; así Dios, cuando viene á castigar y condenar, es como por fuerza, provocado y como compelido de nuestros pecados; y aun entonces cuando muy provocado y como compelido viene á castigar, declara bien su misericordia en el dolor y sentimiento que muestra, como se ve en muchos lugares de la Escritura. Cuando creciendo la maldad en los hombres quiso Dios enviar el diluvio, dice el Texto: *Et tactus dolore cordis intrinsecus: Delebo, inquit, hominem, quem creavi, à facie terræ.* Genes. c. VI, v. 6. Parece que le llegaba al corazón haber de asolar al mundo. Y cuando anunció la ruina de Jerusalén, dice el sagrado Evangelio que lloró Cristo nuestro Redentor: *Videns civitatem, flevit super illam.* Luc. XIX, v. 11. Y por Isaías, I, v. 24, dice: *Hæc, consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis!* ¡Ay que me tengo de vengar de mis enemigos! Como el juez, que ni puede dejar de firmar la sentencia de muerte; pero firmala con lágrimas. Y no solo en esto, sino en el mismo castigo y juicio con que Dios nos amenaza y nos quiere poner temor, se echa bien de ver su amor y misericordia infinita, y el deseo grande que tiene de nuestra salvación. San Juan Crisóstomo nota esto muy bien sobre aquello del real Profeta, Psalm. VII, v. 13: *Nisi conversi fueritis, arcum suum tetendit*

et paravit illum. Et in eo paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit: Clemencia y piedad grande es del Señor, dice el Santo, amenazarnos con arco, y espantarnos y exagerar con palabras el castigo para que no vengamos á caer en él. Hase, dice, Dios con nosotros, á la manera que se suelen haber acá los padres que aman mucho á sus hijos, que muestran su enojo con palabras encarecidas, y dicen que harán y acontecerán, para que el hijo tema y se enmiende con aquello, y no sea menester venir al castigo. Y mas, que la espada hiere de cerca; pero el arco y la ballesta hieren de lejos; y para herir con la espada no es menester sino echar mano y dar el golpe; pero para herir con el arco, es menester armarle primero, y sacar las saetas de la aljaba, y ponerlas en él, y al armar y desarmar hace ruido; y por eso nos amenaza el Señor con arco, para que tengamos tiempo de huir el castigo y librarnos de él, conforme á aquello del Profeta, Psalm. LIX, v. 6 et 7: *Dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant à facie arcus, ut liberentur dilecti tui.* Y para destruir el mundo con el diluvio dió el pregon cien años antes, para que se recogiesen los hombres, como quien quiere soltar el toro. Todo es amor y deseo de no castigar, si pudiese ser. Y en la homilía diez y siete sobre el Génesis, tratando de cómo Dios castigó á la serpiente, porque habia engañado á Eva, dice el mismo Santo: Mirad

la misericordia grande de Dios, que así como acá un padre que ama mucho á su hijo no se contenta con castigar al que le mató, sino toma la espada ó lanza con que le mató, y quiébrala y hácela mil pedazos; así hace Dios nuestro Señor con la serpiente, que fue como la espada y el instrumento de la malicia del demonio, condenándola á pena perpétua. Que no quiere Dios la muerte del pecador, ni se huelga con la perdición de los hombres, que si eso fuera, harta ocasión le habeis dado; porque si os hubiérais muerto cuando vos sabeis, ya estuviérais en el infierno muchos años há, y no quiso aquella bondad y misericordia infinita dar licencia á la muerte ni al demonio para que os llevase allá: *Numquid voluntatis meæ est mors impij, dicit Dominus Deus: et non ut convertatur à viis suis, et vivat?* Dice Dios por el profeta Ezequiel, XVIII, v. 23, que no quiere él que os condeneis, que le costásteis muy caro; y su sangre y vida le costásteis, y así no querría que se perdiese tan caro precio, sino que todos se convirtiesen y salvarsen, como dice el apóstol san Pablo: *Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire.* I ad Tim. II, v. 4. De todas estas y otras semejantes consideraciones, de que tenemos llena la sagrada Escritura y los Santos, nos habemos de ayudar para confiar mucho en la misericordia de Dios, y especialmente de lo que ahora tratamos, que es

acogernos á la pasión y méritos de Jesucristo.

CAPÍTULO VIII.

De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios.

Lo séptimo que habemos de sacar de la meditacion y oracion de la pasión, y en que nos habemos de ejercitar en ella, es imitacion de las virtudes que allí resplandecen en Cristo. Dos son las causas principales, dicen los Santos (Basil. in const. monast. c. 2), para que el Hijo de Dios vino al mundo, haciéndose hombre, y obrando estos sacratísimos misterios. La primera y principal fue para redimir al hombre con su muerte y pasión. La segunda, para dar á los hombres ejemplo perfectísimo de todas las virtudes, y persuadirles con él que le imitasen y siguiesen en ellas. Y por eso habiendo hecho en la última cena aquella obra de tan profundísima humildad, como fue hincarse de rodillas delante de sus discípulos, y lavarles los piés con sus divinas manos, les dijo luego: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.* Joan. XIII, v. 15. Heos dado ejemplo, para que hagais de la manera que yo he hecho. Y lo que entonces avisó de aquella obra, quiso que entendiésemos de todas las demás, como lo significó el apóstol